



Revista Conflicto Social - Año 14 N° 25 - Enero a Junio de 2021

La irresistible ascensión de Vladimir P. La visión occidental de la llegada al poder de Putin

The irresistible ascent of Vladimir P. The occidental vision of Putin's arrives to power

Jorge Saborido*

Recibido: 8 de febrero de 2021

Aceptado: 21 de mayo de 2021

Resumen: El texto revisa las diferentes explicaciones que se han elaborado en la prensa y la historiografía occidental en relación con el proceso a partir del cual accedió al poder Vladimir Putin una figura relativamente mediocre perteneciente a los cuadros medios del KGB. La profunda crisis política y social en la que estuvo inmersa Rusia en la década de 1990 agravada por la guerra de Chechenia, la debacle económica de 1998 y el deterioro de la imagen del presidente Yeltsin, obligaron a la búsqueda de una figura que asegurara la situación de quienes se habían enriquecido durante esos años. Una serie de factores entre los cuales estaban su confiabilidad, su vínculo directo con los servicios secretos y su voluntad de recuperar la imagen de Rusia impulsando la guerra con Chechenia condujeron a que Putin fuera el elegido.

Palabras clave: Corrupción, guerra, democracia, crisis, servicios secretos.

Abstract: This paper looks all the different explanations elaborated in the press and in the occidental historiography in relation with the process from which Vladimir Putin a relative mediocre figure which belongs to the medium frames of the KGB comes to power. The deep political and social crisis that affect's Russia in the 90', aggravated by the Chechen war, the economic debacle of 1998 and the deterioration of the image of the president Yeltsin, forced to search for a figure that will ensure the situation of those who had become rich during those years, and a factor set that includes his reliability, his narrow links with the secret services and his will to recover the image of Russia, driving the war with Chechenya, led to Putin being chosen.

Keywords Corruption, war, democracy, crisis, secret services.

* Profesor Titular Consulto. Universidad de Buenos Aires. Jorge_saborido@hotmail.com

Introducción

El “nuevo zar de Rusia”, el “hombre sin rostro”, esos son algunos de los calificativos a los que se ha recurrido en estas dos décadas del siglo XXI para nombrar a la figura de quien ejerce el poder en la República Federativa Rusa, Vladimir Vladimirovich Putin.

Sin detenernos a profundizar en este texto cuestiones como los rasgos de su régimen o el despliegue de su política exterior, objeto de numerosos análisis por parte de politólogos, historiadores y periodistas especializados, nos interesa aquí acotar el tema a la revisión de una cuestión puntual: cómo se ha explicado en los principales ámbitos intelectuales de Occidente el fulgurante ascenso a la presidencia de Rusia de un oscuro coronel del KGB, instalado en la ciudad alemana de Dresde, encargado de rutinarias tareas burocráticas cuando en 1985 se produjo la irrupción de la perestroika en la Unión Soviética impulsada por Mijail Gorbachov.

La caída del Muro de Berlín fue la causa de su retorno al país acompañado de su familia en 1990 –en plena crisis de la perestroika–, y el objeto de este trabajo es el estudio que realizaron los principales biógrafos occidentales de su accionar político en el período que abarca desde su reinserción en el escenario ruso hasta que triunfa en las elecciones presidenciales de marzo de 2000, luego de haber sido designado primer ministro pocos meses antes y a fines de 1999 presidente provisional por el mandatario saliente, Boris Yeltsin. Como punto de referencia se ha hecho uso de la “presentación en sociedad” de Vladimir Putin ante el mundo, un reportaje realizado por tres periodistas rusos en marzo de 2000, en el que se intercalan testimonios de su esposa y asimismo de personas pertenecientes a su entorno (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov, 2000). Si bien en algunos temas el reportaje es complaciente, en otros –ver más adelante a propósito del denominado “caso Babitsky”– se generó algún intercambio ríspido.¹ En cierto modo como contrapunto de esta fuente se utilizan cinco textos biográficos publicados en los últimos años por analistas occiden-

¹ Según la primera de las periodistas citadas, hubo varios pasajes de la entrevista que fueron censurados.





tales, en manera alguna los únicos pero sí lo suficientemente representativos del amplio espectro de estudiosos de la Rusia del presente. Además, el criterio que ha guiado la elección ha sido el hecho de que se trata de obras de carácter biográfico, que nos permiten ir más allá del tema puntual para intentar abordarlo con un conocimiento de la personalidad de quién tan sorpresivamente alcanzó el poder. Tres de los textos han sido redactados por académicos de nivel universitario y los otros dos por periodistas con un profundo conocimiento del escenario ruso.² Creemos que no es necesario puntualizar la significación del periodismo de investigación como elemento fundamental para el análisis de la realidad actual.

Como se ha planteado un par de párrafos más arriba, la pregunta-problema que orienta la pesquisa es cómo han explicado los expertos en temas rusos que un funcionario de escasa relevancia se convirtiera en un corto lapso en el presidente de la República Federativa Rusa. La narración y análisis de lo ocurrido se ve con frecuencia afectado por el relato retrospectivo del mismo Putin, que sin duda tiene temas que ocultar de esa época, o por lo menos aspira a que pasen inadvertidos.

La proximidad temporal de los acontecimientos que aquí se analizan y el hecho de que las fuentes utilizadas sean intentos biográficos fundamentados, con pretensiones de explicar el comportamiento de un individuo inmerso en un proceso de transformaciones de todo orden que lo llevaron muy lejos de lo que constituían sus expectativas de vida, nos conducen a justificar este trabajo desde dos perspectivas convergentes. En principio, la posibilidad de realizar un ejercicio intelectual de “historia del presente”, entendiendo que es posible aplicar una voluntad objetivadora al análisis de acontecimientos y procesos que forman parte de la realidad contemporánea, “la historia *vivida* por la sociedad global” (Aróstegui, 2004: 126), pero además reafirmando la reivindicación del género biográfico como científicamente legítimo, siempre que su fundamento sea, como

² Los autores son: Richard Sakwa, profesor de la Universidad de Kent (Sakwa, 2005); Masha Gessen periodista ruso-norteamericana (Gessen, 2012); Steven Lee Myers, corresponsal durante siete años del New York Times en Rusia (Myers, 2017); Frédéric Pons, profesor y presidente de la Asociación Francesa de Periodistas de Defensa (Pons, 2017), y Françoise Thom, profesora de la Escuela de Estudios Sociales de París (Thom, 2019).

el de la disciplina histórica, “el respeto de un contrato de verdad establecido como tal desde Tucídides” (Dosse, 2004: 410). Partiendo de esas bases, la comparación y el estudio crítico de los textos escogidos permite la construcción de una explicación, la elaboración de una respuesta a la pregunta que se ha formulado, con la certeza de que constituye un intento siempre sujeto a revisión.



Las vicisitudes de un miembro del KGB

Vladimir Vladimirovich Putin, nacido en Leningrado (ahora San Petersburgo) el 7 de octubre de 1952, es el hijo de una humilde familia de trabajadores que compartía un pequeño departamento con otras dos familias en su ciudad natal. Luego de haber estudiado derecho en la Universidad de Leningrado se graduó en 1985 como oficial del entonces temido KGB (Comité para la Seguridad del Estado) y fue destinado casi inmediatamente a la ciudad alemana de Dresde, donde realizaba un trabajo de oficina –“recolectando fuentes de información, y enviándolas a Moscú” (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov: 69)– muy alejado de lo que se suponía era la emocionante y riesgosa tarea de un agente soviético en el extranjero.³ Como era normal cuando se estaba en misión fuera del país tuvo dos ascensos automáticos, sin que su tarea fuera objeto de elogios mayores por parte de la superioridad. En el cumplimiento de esa tarea fue testigo del derrumbe de la Alemania Democrática en 1989, acontecimiento que retrospectivamente define como “realmente inevitable”. (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov: 80).

La realidad condujo a que retornara a la Unión Soviética enfrentando un futuro no excesivamente promisorio, ya que no se le ofreció un puesto que lo atrajera dentro de la organización, al tiempo que la gestión de Gor-

³ Sin ninguna justificación documental, el historiador Robert Service afirma que “la búsqueda de disidentes fue una de sus tareas antes de ser destinado a la República Democrática Alemana” y si bien “aún no está del todo claro lo que hizo en Dresde, probablemente se ocupó de dirigir agentes encargados de realizar operaciones de espionaje industrial en Alemania Occidental” (Service, 2005: 154-155).



bachov estaba colocando al KGB en una posición difícil. Por esta razón decidió completar sus estudios de derecho con la redacción de una tesis doctoral en la Universidad de Leningrado, al tiempo que se desempeñaba como adjunto del rector Stanislav Petrovich Mercuriev, un cargo administrativo. Allí tuvo lugar el punto de partida de su carrera fuera del KGB, al producirse un encuentro con Anatoli Sobchak, en ese momento Presidente del Consejo Municipal de Leningrado, ex profesor de Putin y una de las personalidades políticas más populares y ambiciosas del escenario político de la ciudad. El relato del origen de esta relación tiene dos versiones: en las palabras del futuro líder él se dirigió directamente a su oficina a pedirle trabajo y lo consiguió inmediatamente, pese a haber confesado que formaba parte del KGB (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov, 2000: 88). Para los biógrafos que abordan el tema (no es el caso de Thom) la versión más creíble es que Sobchak parece que buscaba un auxiliar del KGB y Mercuriev le recomendó a Putin. Al tiempo que se desempeñaba como asesor de Sobchak el futuro presidente siguió formando parte del KGB, esto es, cobrando puntualmente su sueldo.

Durante esa primera etapa ocurrieron acontecimientos de enorme significación en la Unión Soviética: en primer término los sucesos de agosto de 1991⁴ sobre los cuales los biógrafos que lo abordan –Myers y Gessen– manifiestan opiniones encontradas respecto del comportamiento tanto de Putin como de Sobchak. Mientras el primero afirma que Sobchak, y por extensión Putin, se manifestaron claramente en contra del golpe y sobre todo el primero actuó en su ámbito para neutralizarlo, incluso pronunciando un discurso en una planta industrial de Kirov, Masha Gessen sostiene que Sobchak actuó de manera de mantener un equilibrio que le permitiera salir bien parado cualquiera fuera el resultado de la intentona. En cuanto a Putin, que estaba de vacaciones y retornó en el medio del

⁴ Se trata del fracasado intento de golpe de estado protagonizado por varios dirigentes del Partido Comunista y del KGB, destinado a frenar el proceso de democratización iniciado por Mijail Gorbachov. La bibliografía sobre el tema es inmensa comenzando por el testimonio del mismo Gorbachov (1991) y el de su asesor Anatoly Chernyaev (2000). Un relato periodístico de gran valor es el del periodista catalán Rafael Poch-de Feliú (2003) y una interpretación provocadora, que pone en cuestión el relato de Gorbachov y su inocencia es el de Dunlop (1993).

golpe, relata una historia en la que frente a los acontecimientos decidió enviar en esos momentos su renuncia al KGB definiendo en forma concluyente su posición en contra de la intentona golpista, aunque puntualiza que “el objetivo de ésta –preservar la Unión Soviética del colapso– era noble. Pero los medios y métodos escogidos solo aceleraron el derrumbe del país” (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov, 2000:93). Por su parte, Gessen insiste en que “lo más probable es que Putin, al igual que su jefe, pasara los días del golpe sin definirse y de ser cierto que dimitió del KGB lo hizo solo cuando el golpe había terminado” (Gessen, 2012: 119).

El segundo acontecimiento, mucho más importante, fue el derrumbamiento de la Unión Soviética el 25 de diciembre de 1991, dando lugar a la creación de 15 repúblicas, de las cuales Rusia era con diferencia la más grande y poblada.⁵ Ese episodio sin embargo no produjo cambios inmediatos en la vida de Vladimir Putin, que siguió trabajando junto a Sobchak, quién ya en esos momentos había sido elegido alcalde y lo designó encargado de las relaciones con el exterior.

De la temprana gestión administrativa de Putin, tan relevante como para ser denominado el “cardenal gris” de Sobchak, (Sakwa, 2005: 27) quedan como recuerdo ominoso dos acontecimientos que echan sombras sobre su posterior reputación de funcionario recto. Uno de ellos fue el intento de que el municipio participara de las actividades vinculadas con el juego que estaban proliferando en la ciudad. Si inicialmente se pensó en establecer un monopolio municipal más tarde se optó por participar con el 51 por ciento de las acciones de los casinos de la ciudad, con el consiguiente beneficio para las arcas públicas. Putin fue el responsable de llevar adelante las negociaciones, pero “la empresa resultó ser un desastre, un fraude gigante que llevó a la ciudad a aliarse con ex agentes del KGB y gangsteres” (Myers, 2017: 94). “Ellos se nos reían en la cara”, fueron las palabras del mismo Putin más tarde (Cit. por Pons, 2027: 88).

⁵ Un relato valioso de lo ocurrido en los últimos días de la Unión Soviética es el de Jeffrey Hough (1997). Por supuesto, es también notable el capítulo correspondiente de la biografía de Gorbachov escrita por Wiliam-Taubman (2018).





De mayor significación y repercusiones resultó la cuestión del intercambio de materias primas por alimentos. La tremenda escasez que experimentaba la ciudad de Leningrado en 1991-92 llevó a las autoridades a pergeñar la idea de cambiar materias primas que en la ciudad y su entorno existían en abundancia –madera, hierro, metales no ferrosos– por alimentos provenientes de Alemania. Putin, encargado por Sobchak, firmó una serie de contratos que incluían elevadísimas comisiones; la investigación realizada por Marina Salye, presidenta de la comisión municipal de suministro de alimentos mostró que toda la operación fue un enorme fraude: muchas de las empresas, beneficiadas por contratos firmados sin licitación previa, exportaron lo establecido pero no importaron los alimentos estipulados incumpliendo con las condiciones establecidas y recibiendo el subsidio. Posteriormente, los directivos de algunas de esas empresas beneficiadas por los contratos pasaron a convertirse en socios cercanos de Putin, como Yuri Kovalchuk y Vladimir Yakunin quienes luego recibieron autorización para exportar aluminio y metales no ferrosos. En el testimonio posterior Putin sostuvo que no hubo nada irregular y se defendió recurriendo al argumento de que las acusaciones provenían de la sospecha que generaban sus antecedentes como ex integrante del KGB. En el informe final de la comisión no se llegó a acusarlo explícitamente de nada que hiciera pensar en la comisión de un delito pero sí de “total incompetencia rayana en la mala fe” (Cit. por Myers, 2017:97). Incluso Alexander Anikin, el otro firmante de los contratos, renunció. Unos años más tarde, Yury Boldirev, interventor jefe en la gestión de Yeltsin, sostuvo que “se descubrieron importantes infracciones, pero no eran mucho más graves que lo que estaba ocurriendo en el resto de Rusia (Gessen, 2012: 125). En una postura mucho más crítica pero sin aportar ningún tipo de pruebas, Françoise Thom afirma que en esos años Putin comenzó a realizar negocios en su beneficio trabando relación con el citado Kovalchuk y también con GuennadiPetrov, jefe del grupo criminal Malychev. Kovalchuk se convertirá en el director de la Banca Rossiya (Thom, 2019:pp.30-31).Por su parte, Pons asume la defensa de Putin afirmando que quisieron

comprometerlo “para ejercer presión sobre Sobchak, que se mostraba demasiado rígido en su revitalización económica de la ciudad” (Pons, 2017: 87). En cualquier caso, el informe no tuvo repercusiones.

La consolidación y ascenso como funcionario

A lo largo de los años que transcurren hasta 1996, Putin se afirmó como vicealcalde de Sobchak y en su gestión fue construyendo pacientemente una imagen de administrador serio y responsable, impulsor además de la libre empresa. De esa época data asimismo la redacción y defensa de su tesis doctoral, realizada en el Instituto de Minería “Georgy Plejanov”, que trataba sobre las posibilidades de exportación de los recursos naturales de la región de San Petersburgo, enfatizando las posibilidades emergentes de una economía de mercado.⁶

En 1996 fue designado responsable de la campaña de reelección de Sobchak, y cuando su jefe fue derrotado en las elecciones de 1996 y en consecuencia perdió su inmunidad-situación que lo colocaba ante la posibilidad de serios problemas judiciales-Putin mostró su lealtad y lo ayudó a escapar del país en una operación que le permitió ganar prestigio entre sus pares como alguien que no le “fallaba” a los amigos. En cualquier caso, el proceso electoral mostró que Putin carecía de los recursos y de la voluntad para desempeñarse en este tipo de tareas (Sakwa, 2005: 28-29). En la visión de Thom, Putin también se convenció de “que el proceso electoral debe ser estrechamente controlado para no tener sorpresas” (Thom, 2019: 38).

Fue también en 1996, de acuerdo al testimonio del propio Putin, cuando un antiguo *apparatchik* de Leningrado, Pavel Borodin, a quién en una ocasión había ayudado, lo convocó a Moscú y pasó a ocupar en el Kremlin un cargo administrativo “con poca responsabilidad y muchos con-

⁶ Años más tarde se comprobó que buena parte de la tesis estaba plagada de una obra escrita por dos economistas estadounidenses (Myers, 2017: pp.129-130).





tactos”. Antes de marchar a Moscú había evaluado la posibilidad de abandonar la vida pública y dedicarse a la práctica profesional como abogado. Por esa época se acercó a uno de los “gurúes” del libre mercado, Anatoli Chubais, protagonista junto a Yegor Gaidar de la terapia de shock que puso en marcha Boris Yeltsin en 1992;⁷ por sus antecedentes y por este vínculo, parecía no haber dudas respecto a la adscripción de Putin a las posiciones liberales.

En estos momentos comienza la intrincada historia que culmina con Putin elegido presidente. Un elemento fundamental en todo el proceso es puntualizar que en 1996 luego de dos años de guerra tremendamente impopular en Rusia con los independentistas de la república de Chechenia la situación se había resuelto con una paz provisional que dejaba justamente pendiente la cuestión principal, la de la independencia, con un casi seguro enfrentamiento en un horizonte no lejano.⁸ Al mismo tiempo, el fracaso en todos los terrenos de la gestión de Boris Yeltsin hizo pensable lo que hasta hace poco tiempo se imaginaba imposible: el triunfo electoral del Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR) en las elecciones presidenciales a realizarse en ese año.⁹ Las encuestas no le daban al presidente más de un 5 por ciento de imagen positiva y las elecciones parlamentarias celebradas a fines de 1995 le otorgaron al PCFR la primera minoría. Fue entonces cuando los principales oligarcas, beneficiarios de las privatizaciones de los años anteriores, se reunieron para elaborar un plan de rescate del presidente Yeltsin –el luego llamado “pacto de

⁷ Sobre la terapia de shock hay versiones encontradas: la defiende el economista liberal Anders Aslund (2010) y es criticada, por ejemplo, por Marshall I. Goldman (1996).

⁸ Chechenia es un pequeño país de mayoría musulmana situado al norte de la cordillera del Cáucaso, entre el Mar Negro y el Mar Caspio. Hasta 1992 su territorio formaba parte de la república autónoma de Chechenia-Ingushetia, dentro de la Federación Rusa. A fines de 1991 el parlamento checheno declaró la independencia de forma unilateral y a partir de allí se generaron una serie de conflictos con el gobierno de Moscú que culminaron con la entrada del ejército ruso en territorio checheno en diciembre de 1994. Se desencadenó entonces un enfrentamiento en el que la guerrilla chechena no solo opuso resistencia sino que estuvo en condiciones de llevar a cabo actos calificados de “terroristas” dentro de Rusia. La información transmitida por los canales de televisión rusos mostró la crudeza de los enfrentamientos y contribuyó a incrementar los temores de la población. Ante el fracaso de la acción militar rusa a fines de agosto de 1996 se llegó a un acuerdo provisional en la localidad de Kasavyurt que contemplaba la discusión respecto de la independencia de Chechenia y en la práctica el país gozaba de una situación de amplia autonomía respecto de Moscú. Una introducción al tema en Taibo, 2005.

⁹ El PCFR se creó en febrero de 1993 nucleando dirigentes del antiguo PCUS aunque con un programa que estaba más cercano a las posiciones socialdemócratas de Europa Occidental.

Davos”—¹⁰ quién sufría un serio quebranto de salud que casi lo inhabilitaba para ejercer el poder pero que constituía en esos momentos la única garantía de que iban a poder mantener su fortuna sin verse cercados por la ley. En una campaña que combinó todos los recursos de la comunicación —los oligarcas eran los dueños de los canales de mayor audiencia— con el fraude, la mentira y la obstaculización del accionar del adversario, Yeltsin se impuso en la segunda vuelta por un apretado margen, resultado que, afirman sus allegados, llevó al principal oligarca, Boris Beresovsky, a sostener que luego de esta prueba “era capaz de convertir en presidente a un gorila”.

La situación de Rusia, de mala pasó a ser catastrófica a partir de la crisis financiera de 1998, que pulverizó los ahorros de millones de ciudadanos rusos, con el agravante de que el presidente, enfermo y además afectado por sus excesos con la bebida, confirmó que estaba absolutamente incapacitado para gobernar; su conducta era errática y se sucedían los cambios de gabinete.¹¹ El futuro se presentaba negro para el conjunto del país y por supuesto también para los oligarcas. Uno de los temas principales para quienes ejercían el poder era la elección del sucesor de Yeltsin; el candidato más importante era Yevgueni Primakov, primer ministro y declarado opositor de los oligarcas; su alianza con el popular alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov parecía en esos momentos imbatible en las urnas. La única alternativa era “crear” un candidato en condiciones de derrotarlos, y la pregunta que surge entonces naturalmente y que los autores considerados intentan responder es: ¿por qué Putin?

Ya instalado como funcionario en el Kremlin, en una de las frecuentes modificaciones realizadas por el presidente, en plena crisis financiera, Putin fue designado jefe del Servicio Federal de Seguridad (FSB), el antiguo KGB, por el entonces primer ministro Segei Kirienkolo que signifi-

¹⁰ En la reunión anual de Davos de 1996 el financista húngaro George Soros advirtió a Boris Berezovsky, el más influyente de los oligarcas, que en caso de triunfar los comunistas la democracia y la economía liberal serían destruidas en Rusia. Berezovsky optó por aliarse con su archienemigo Vladimir Gusinsky para operar en favor de un triunfo de Yeltsin (Sakwa (2014, 15). En la misma reunión, el principal dirigente comunista, Genady Zyuganov también estuvo presente anunciando que si triunfaba en las elecciones no iba a retornar al régimen vigente hasta 1991.

¹¹ Un panorama global del impacto de la crisis de 1998 en Rusia se encuentra en Aslund, (2010).





caba el retorno a su profesión original, ahora como civil y además como jefe. Berezovsky se atribuye el hecho de haber recomendado su nombre pero probablemente sus palabras forman parte de la influencia que en esos años él suponía tener, aunque es cierta la existencia de una relación, que incluso lo llevó a visitarlo a Biarritz a mediados de 1999 para que aceptara el cargo de primer ministro.¹²

El nacimiento de un político

La versión de Putin respecto de su designación como primer ministro da cuenta de una reunión con Yeltsin quien primero le comunicó que iba a pedirle la renuncia a quién ocupaba ese cargo, Sergei V. Stepashin y luego se lo ofreció en principio como “una posibilidad”, aunque seguidamente utilizó la expresión “primer ministro con futuro” (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov, 2000: 137); el nombre de Berezovsky por supuesto no aparece. Transcurría el mes de julio de 1999 y el ascenso se debía en gran medida al creciente temor de Yeltsin respecto a algunas investigaciones que se estaban realizando en el FSB;¹³ hacía falta colocar un hombre fiel que controlara la situación y tuviera los contactos necesarios entre las fuerzas de seguridad, lo que le permitiría disfrutar de una vejez en libertad y sin inquietudes. Y aparentemente Putin cumplía esas condiciones.

Sin embargo, la explicación resulta incompleta si no hacemos referencia a la influencia ejercida por la nueva guerra de Chechenia, iniciada a partir de octubre de 1999. Luego del fracaso de las fuerzas armadas rusas en el enfrentamiento anterior, Frédéric Pons, el principal defensor de la gestión de Putin, afirma que desde que fue designado primer ministro éste se manifestó dispuesto “a jugarse su credibilidad, pero también a reafirmar su poder”. (Pons, 2017: 120) embarcándose en un nuevo con-

¹² Una de las anécdotas de Berezovsky, que es la que lo lleva a recomendar a Putin, es que cuando éste era funcionario de Sobchak intentó abrir una concesionaria de autos y Putin le rechazó una comisión que le ofreció personalmente; “era el primer burócrata que no aceptaba sobornos” (cit. por Gessen, 2012: 21).

¹³ Asimismo, el fiscal general Yury Skuratov estaba llevando adelante una investigación independiente por corrupción que lo involucraba.

flicto “de manera brutal, drástica”. Pero para ello había que preparar a la población –que se había manifestado en contra de la guerra anterior– y en esta operación es donde la cuestión se torna profunda y dramáticamente controversial.

El tema reside en que, tal como se hacen eco dos de los autores considerados –Gessen y Myers–, existen fundadas sospechas respecto a que el desencadenamiento de la guerra fue fogoneado desde el poder por medio de sangrientos atentados perpetrados en Moscú que dejaron varios centenares de muertos civiles y cuya autoría, inicialmente atribuida a los chechenos –generando un profundo rechazo y contribuyendo a crear el clima bélico imprescindible entre la población– con posterioridad ha quedado en entredicho.

El relato sintético de lo ocurrido es el siguiente: Luego de haber sido ratificado por un escaso margen como primer ministro por la Duma¹⁴ el 16 de agosto, a los diez días Putin marchó a la zona en conflicto luego de que las tropas rusas neutralizaran un ataque de los chechenos sobre el territorio vecino de Daguestán expulsando a los invasores. Su presencia, ampliamente registrada por la televisión mostraba a un líder joven, ataviado con ropa de combate, dispuesto a acudir al campo de batalla tantas veces como fuera necesario para dar un escarmiento a los rebeldes. Era difícil encontrar un mayor contraste respecto de la ajada y enfermiza imagen que brindaba en esa época Boris Yeltsin.

Sin embargo, a pesar de ese éxito inicial, el conflicto estaba lejos de estar terminado: el 4 de septiembre a la noche una explosión demolió un edificio de cinco pisos en la localidad de Buinaksk (Daguestán), en el que se alojaban soldados rusos; murieron sesenta y cuatro personas, y al día siguiente los chechenos nuevamente ocuparon las posiciones de las que habían sido desalojados. Extremistas daguestaníes se adjudicaron la responsabilidad de la explosión y el triunfalismo de Putin quedó seriamente en entredicho.

¹⁴ De acuerdo con la Constitución de 1993, el poder legislativo estaba compuesto por la Duma (cámara baja) y el Consejo de la Federación (cámara alta).





A este atentado le siguieron otros, ahora en la misma capital del país: el 9 del mismo mes de septiembre una explosión arrasó un complejo de departamentos de nueve pisos; con el resultado de 94 muertos y cientos de heridos. Cuatro días más tarde, mientras Putin estaba en misión oficial en Nueva Zelanda, un nuevo estallido destruyó otro edificio de departamentos y en esta ocasión los muertos fueron 118. Los líderes chechenos negaron haber sido los autores de estos atentados y ya en esos momentos hubo algunas voces, como la del dirigente comunista Viktorliukin, señalando que se trataba de operaciones provenientes de enfrentamientos propios de la política interna del país con el objeto de intimidar a la población para que no acudiera a las urnas en las elecciones parlamentarias a celebrarse en diciembre.

Con la población de Moscú efectivamente aterrorizada, el 16 de septiembre hubo un atentado más en la ciudad de Volgodonsk a cientos de kilómetros de Moscú pero también de Chechenia, que provocó 17 víctimas más.

La escalada de violencia terrorista tuvo como consecuencia que Putin ordenara el incremento de la agresión sobre Chechenia, dando comienzo a partir del 23 de septiembre incursiones aéreas que llegaron a bombardear el aeropuerto de la capital, Grozni. En ese día se produjeron unas declaraciones que fueron comentadas en todo el país: frente a preguntas periodísticas sobre los ataques aéreos el primer ministro respondió que “los aviones rusos solo están atacando campamentos terroristas. A los terroristas vamos a ir a buscarlos donde estén. Y, disculpe, pero si los encontramos escondidos en el baño, los excretamos en el inodoro” (Myers, 2014: 174). Los rusos estaban descubriendo un líder que respondía a la violencia con violencia y cuyo vocabulario además era el propio del ciudadano medio.

Sin embargo, fue justamente en la noche anterior a sus declaraciones cuando se produjeron en la ciudad de Riazán los acontecimientos que contribuyeron a desplegar un manto de sospecha sobre los verdaderos autores de los atentados de septiembre. Un conductor de autobús observó un coche estacionado frente al edificio donde vivía; dos hombres y

una mujer, de filiación inequívocamente rusa, se acercaron al sótano y descargaron una serie de bolsas, tras lo cual se marcharon. El testigo, conecedor de lo que estaba ocurriendo en el país, tomó nota de la patente pero la parte que indicaba la región donde estaba registrado se encontraba cubierta con un papel con el número correspondiente a la región de Riazán. Inmediatamente llamó a la policía y los agentes encontraron tres sacos apilados con el rótulo de “azúcar” pero a través de una ranura pudieron ver cables y también un reloj. Se ordenó la evacuación del edificio mientras se esperaba la llegada de los encargados de desactivación del explosivo. El complejo constaba de 77 departamentos y sus ocupantes no pudieron retornar hasta la tarde siguiente. Mientras tanto, los expertos inutilizaron el artefacto, que tenía un cronómetro programado para las 5.30 horas, e identificaron el explosivo, llamado “hexógeno”, que por lo menos había sido utilizado en uno de los atentados anteriores. Mil doscientos efectivos fueron desplegados para tratar de atrapar a los sospechosos.

Al día siguiente, el ministro del Interior confirmó en una reunión que se había podido evitar una explosión, mientras el chofer que había llamado a la policía era saludado como un héroe por todo el país. Sin embargo, a los pocos minutos el director del FSB, Nicolai Patrushev, antiguo ayudante de Putin en Leningrado, habló con los periodistas desmintiendo las palabras del ministro, afirmando que se había tratado de un ejercicio de entrenamiento y que, por supuesto, no había explosivos en las bolsas. La noticia dejó perplejo a todo el mundo, ya que nadie había sido informado en Riazán del ejercicio –ni las autoridades ni el FSB local–, se había dejado a la gente en la calle sin ninguna contemplación y se desautorizaban inspecciones oficiales que aseguraban la existencia de explosivos. La sospecha de que los atentados anteriores fueron obra del FSB dejó entonces de ser una teoría conspirativa delirante y la operación pudo ser imaginada como un sangriento impulso al enfrentamiento con Chechenia y a la consolidación de Putin como líder.¹⁵ Es importante destacar que

¹⁵ El informe completo sobre este episodio fue dado a conocer por la cadena de televisión NTV propiedad de Vladimir Gusinsky seis meses más tarde.





luego de este “ejercicio de entrenamiento” no se produjeron más atentados.

Una de las versiones tiende a atribuir la responsabilidad de los atentados a Berezovsky, que tenía conversaciones con los chechenos y nunca mostró escrúpulos a la hora de defender sus intereses; la transición post-Yeltsin lo tenía preocupado y bien pudo haber planeado los atentados sin que Putin lo supiera. El financista George Soros, que se había distanciado del oligarca afirmó que la operación era “demasiado diabólica pero no podía descartarse totalmente” (Myers, 217: 516).

La respuesta de Putin sobre este tema ante la pregunta de los tres periodistas que lo interrogaron no aparece en el texto inglés pero de la versión rusa mucho más extensa, Frédéric Pons transcribe su respuesta: “¿Así que hicimos volar nuestros propios edificios? Francamente ¡es totalmente absurdo! Una locura. Ningún miembro de los servicios especiales rusos sería capaz de semejante crimen contra su pueblo” (Pons, 2017: 124). Los funcionarios del FSB nunca se expidieron sobre el tema. Los pedidos de investigación que se impulsaron en la Duma siempre fueron bloqueados por los partidarios de Putin; un alto funcionario de Putin, Majail Kasyanov, declaró en una entrevista más de una década después, “no lo sé y no quiero creer que pudiera ser verdad” (Cit. por Myers, 2017: 201).

Los acontecimientos siguientes confirmaron los cálculos de quienes pensaban que reiniciar la guerra lejos de ser un suicidio político podía ser la base de construcción de un nuevo liderazgo. El grupo político creado alrededor de su figura, que adoptó el nombre de “Unidad”, obtuvo el 23 por ciento de los votos en las elecciones parlamentarias del 19 de diciembre, ubicándose solo un punto detrás del Partido Comunista. A este resultado contribuyó el hecho de que tras la debacle del año anterior la situación económica había experimentado una mejora significativa. El precio del petróleo –indicador fundamental de la realidad económica– experimentó un alza del 40 por ciento y el año se cerró con un crecimiento del 5 por ciento del PBI por habitante (Maddison, 2003).

El empuje final al encumbramiento de Putin lo proporcionó Boris Yelt-

sin al anunciar su renuncia en el discurso tradicional del 31 de diciembre, designando al cada vez más popular primer ministro como presidente interino. La renuncia se produjo seis meses antes de cumplir el mandato constitucional por lo que se tuvo que modificar el calendario electoral y el corto lapso que había hasta los comicios perjudicó a los eventuales opositores, que no estaban preparados para afrontar la nueva situación y en la mayor parte de los casos optaron por no participar. Sergei Kovalev, diputado liberal y defensor de los derechos humanos resumió de manera rotunda la realidad electoral: “Putin es la creación de un sistema político cerrado y poco transparente. El proceso electoral simplemente dio el visto bueno a una decisión que ya había sido tomada entre bastidores. Ni más ni menos” (Cit. por Sakwa, 2005: 47). Esa era la imagen que transmitía el Kremlin; Putin parecía el instrumento de fuerzas ocultas que no controlaba.

Además, otros factores contribuyeron a asegurar el triunfo: tal como había ocurrido en 1996 el Canal Uno, propiedad de Berezovsky, trabajó sin descanso en el proceso de destacar las virtudes de organización y el estilo personal de Putin –alejado de las prácticas políticas habituales– y a la vez operó para socavar el prestigio de Primakov y Luzhkov en los programas de máxima audiencia. El candidato desconocido empezó a penetrar en los hogares de una población abrumada por la crisis y hastiada del manejo de ésta por la dirigencia que había participado de la conducción del país en los aciagos años anteriores.

En los escasos tres meses que siguieron hasta que el 26 de marzo triunfó en las elecciones, Putin no dedicó tiempo a la campaña política ni participó en debate alguno, mientras que sus potenciales adversarios eran progresivamente cooptados por Unidad. La única propuesta real fue un documento titulado “Rusia en el Nuevo Milenio” elaborado por el Centro de Desarrollo Estratégico, un organismo dirigido por un economista, ex colega de San Petersburgo.¹⁶ Más allá de una realista descripción de los estragos sufridos por el país en la década de 1990, el atraso experimen-

¹⁶ Texto completo en Pons, 2017: 343-365.





tado respecto del resto del mundo y una amplia declaración de intenciones, los puntos que en mayor medida llaman la atención, sobre todo por sus implicancias futuras, apuntan a destacar la idea de que si bien los rusos han empezado a asimilar “los valores universales supranacionales”, como la libertad de expresión y “otros derechos políticos fundamentales”, existe una “idea rusa” que difiere de los valores occidentales, una de cuyas bases es un Estado fuerte, “una fuente de orden y la principal directriz de todo cambio”. Esta reivindicación del papel del Estado se extendía al campo económico; el rol de éste “excede los límites de la fórmula clásica que lo limita al mero establecimiento de las reglas de juego y al control de su aplicación”. Solo en una ocasión el texto afirmaba la necesidad de establecer “un Estado federal democrático que funcione bajo el imperio de la ley”.

El tema militar estuvo presente en todo momento en su corta gestión como presidente interino: seis de los decretos que firmó estaban relacionados con el ejército, incluyendo el restablecimiento de la obligatoriedad de los reservistas de realizar maniobras –decisión que se había suprimido en 1989 luego del retiro de las tropas de Afganistán– y también el establecimiento de la formación militar obligatoria en la escuela secundaria.

Sin embargo, a pesar de las fuerzas desplegadas el éxito militar en Chechenia estaba lejano; las pérdidas humanas eran importantes y frente a la posibilidad cierta de perder la popularidad que inicialmente había adquirido, Putin y los que apoyaban su candidatura optaron por asegurarse de que el ciudadano ruso no estuviera informado de lo que estaba ocurriendo en el frente; los canales estatales ocultaron la realidad y solo los informes de noticias de agencias extranjeras permitían tener alguna noticia de la situación bélica. Justamente, un incidente con un periodista ruso perteneciente a una radio financiada por Estados Unidos causó una verdadera conmoción internacional. Andrei Babitski fue capturado por el ejército ruso en enero y los militares lo acusaron de violar “las reglas de información en Chechenia”; durante un par de semanas su familia no supo nada de él, y luego se difundió la noticia de que terminaron canjeándolo

con las milicias chechenas por cinco prisioneros de guerra rusos ¡como si fuera un combatiente enemigo!

En el reportaje ya citado, cuando fue interrogado por la situación de Babitski, Putin reaccionó con inocultable acritud afirmando que “éste trabajaba directamente para el enemigo. No era una fuente objetiva de información” (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov, 2000:171). Cuando le preguntaron si efectivamente lo había entregado a los chechenos, Putin respondió que “los rebeldes iban a enviar una cinta de video en donde aparecía agotado pero sano y salvo” (Gevorkyan, Timakov y Kolesnikov, 2000:171). A la postre, Babitsky reapareció pero nunca se supo con certeza quién lo había tenido prisionero ni si efectivamente se había realizado el canje. La conclusión a la que arriba una de las autoras del reportaje es que “parecía haber sido un intento de mandar un mensaje intimidatorio a los periodistas” (Cit. por Gessen, 2012: 40).

En los comicios presidenciales, Putin obtuvo el 53 por ciento de los votos, frente al 29 por ciento obtenido por el candidato del Partido Comunista de la Federación Rusa; ningún otro partido superó el 3 por ciento. Hubo sin duda una cantidad de votos “inflada”, sobre todo porque se necesitaba asegurar una participación significativa de la ciudadanía; sin embargo, el resultado final no estaba en duda para nadie. Por supuesto, no se preveía lo que iba a ocurrir en los años siguientes.

A pesar de lo ocurrido, en esos momentos el proceso de ascenso de Putin no fue tenido en cuenta por los analistas occidentales: es conocido lo ocurrido en la famosa reunión de Davos realizada en enero de 2000, dos meses antes de su elección como presidente, cuando el periodista estadounidense Trudy Rubin preguntó en un panel caracterizado por la presencia de expertos en temas rusos, quién era Vladimir Putin, y solo recibió el silencio por respuesta.





Algunas consideraciones

Para explicar lo sucedido en los últimos meses de 1999 y principios de 2000, con el desenlace de la elección de Vladimir Putin como presidente de la Federación Rusa, los analistas y biógrafos cuya obra hemos revisado recurren por lo menos a tres explicaciones diferentes, en ocasiones complementarias y con frecuencia enfrentadas, que podemos resumir así: 1) Putin fue el elegido por su probada fidelidad, que le aseguraba a Yeltsin y su entorno, en especial a él y especialmente a su hija Tatiana Yumashe y la impunidad frente a las numerosas irregularidades que habían caracterizado sus dos gestiones de gobierno; de allí su elección y el montaje de su candidatura desde el Kremlin, incluyendo la designación de sus ministros (Gessen, 2012:279; Sawka, 2005: 38). Además, el candidato había demostrado durante su gestión en San Petersburgo capacidad para controlar desde el poder el crecimiento de la economía, facilitando el desarrollo del libre mercado pero sin renunciar a las funciones fiscalizadoras del Estado; 2) el ascenso de Putin fue la expresión del poder y la cohesión del KGB “que se sentía la guardiana de los elementos que mantienen unido al gran espacio ruso: los *siloviki* (agentes y ex-agentes del KGB), Gazprom y la religión ortodoxa” (Thom, 2019: 36); 3) todo el proceso fue impulsado por los oligarcas, encabezados por Berezovsky, que con la designación de Putin, un funcionario de probada solvencia, se aseguraban el mantenimiento de sus cuantiosas riquezas y el olvido de los caminos que les permitieron acceder a ellas; para ello incluso no dudaron en impulsar una guerra que contribuyera a nuclear a la población detrás de un líder dispuesto a recuperar el alicaído prestigio de Rusia y de sus fuerzas armadas.

Una evaluación de las aportaciones revisadas permite llegar a algunas conclusiones. En principio, es preciso destacar que la evolución posterior del régimen liderado por Putin constituye un factor que condiciona el análisis que estos autores realizan. Si para Gessen y Thom en Rusia se ha instalado una dictadura totalitaria o un régimen con muchas simili-

tudes con el vigente hasta 1991,¹⁷ la tarea de una investigación referida al momento de su llegada al poder está centrada en la búsqueda de aquellos elementos que anunciaban la evolución posterior del régimen. Al igual que Sawka, destacan que la transición fue “todo menos democrática”, un proceso en el cual inicialmente Putin tuvo sin duda un papel secundario pero que luego por diversas circunstancias, entre las cuales su personalidad no fue un elemento menor, permitieron su progresiva consolidación y quedaron al descubierto sus verdaderas intenciones, o las de los *siloviki*, si seguimos el análisis de Thom.

Por otra parte, si como ocurre con las obras de Myers y Pons, el abordaje del tema se lleva a cabo luego de las incursiones de Rusia en Georgia en 2008, y en Ucrania en 2014, el proceso de ascenso de Putin es encarado desde la perspectiva de un país que recuperó su rol de gran potencia y desarrolla una estrategia que el líder ruso considera adecuada frente a la nueva realidad. Ésta puede ser valorada en forma positiva, como ocurre con el texto de Pons, que la considera una reacción ante los avances de la OTAN, a la que atribuye la intención de “rodear” a Rusia, o es objeto de serios cuestionamientos, como argumenta Myers, al afirmar que se trata de la revitalización de un proyecto imperialista que corre el riesgo cierto de desencadenar una segunda guerra fría. A partir de este posicionamiento, para Pons el proceso de ascenso del nuevo líder constituye un acontecimiento que no requiere un abordaje específico y una valoración significativa; lo importante es destacar que rápidamente Putin se convirtió en un presidente dispuesto a impulsar una estrategia internacional para la castigada Rusia;¹⁸ los caminos a través de los cuales accedió al poder no son objeto de tratamiento profundo. En la visión de Myers, por su parte, la llegada al poder de Putin, planeada inicialmente por Yeltsin, se convirtió en realidad como consecuencia de la convergencia de

¹⁷ Gessen incluso publicó en 2017 una obra titulada “El futuro es historia. Rusia y el regreso del totalitarismo” (Gessen, 2017). Thom por su parte acude a la expresión “neo-totalitario” para definir el régimen, por su intento de movilizar a la “Rusia profunda”, en contraposición al totalitarismo que busca potenciar la apatía e indiferencia de las masas.

¹⁸ Pons asume como válida la idea de que Rusia está siendo objeto de diferentes agresiones por parte de Occidente.





dos factores: su liderazgo en la guerra de Chechenia y el papel que cumplieron los medios de comunicación masivos en impulsar su figura y descalificar la de sus potenciales adversarios electorales. La consolidación de su figura fue, en definitiva, de acuerdo a la visión de Myers, un resultado hasta cierto punto sorprendente si tomamos como punto de partida el hecho de que Putin fue convocado porque Yeltsin quería una salida tranquila del poder. Como comentario incidental, Sawka plantea que “sigue habiendo quién propone que la renuncia de Yeltsin no fue puramente personal ¿Le forzaron figuras poderosas del Kremlin que querían sacar provecho de la popularidad de Putin...?” (Sakwa, 2005, 45-46). Las fuentes con las que se cuenta en la actualidad no permiten dar una respuesta concluyente pero no hay duda que el poder de decisión de Yeltsin en esos momentos estaba lejos del que había detentado en años anteriores.

En cuanto al papel desempeñado por los ex agentes del KGB, la afirmación de Thom citada más arriba es objeto de cuestionamiento: Pons argumenta que “más que el hombre de los servicios”, Vladimir Putin fue sobre todo el producto de su propia red de contactos: un grupo de amigos y relaciones fieles que se procuró a lo largo de los años, de San Petersburgo a Moscú” (Pons, 2017: 282), a los que más tarde fue incorporando progresivamente al aparato de gobierno; en este grupo predominaban los *siloviki* pero también había un número significativo de economistas de tendencia liberal. Un texto de dos periodistas rusos refuerza esta visión del tema afirmando que los *siloviki*, de manera similar a como lo hacía el KGB en la época soviética, “consideran que sus intereses, y los del Estado que protegen, se encuentran por encima de la ley” (Soldatov y Borogan, 2010: 242), pero ello no significa que tuvieran verdadera incidencia en las decisiones de Putin. Para alimentar la polémica, un par de semanas antes de asumir como presidente interino, en un banquete conmemorativo de la fundación de la policía secreta soviética, Putin en su discurso afirmó que “el grupo de oficiales del FSB (ex KGB J.S.) enviados de incógnito al gobierno federal han cumplido su primer conjunto de objetivos” (Cit. por

Gessen, 2012: 152). Putin lo presentó luego como una simple broma, pero queda la incógnita.

Por su parte, el papel desempeñado por los oligarcas es objeto de miradas contrapuestas: mientras autores como Gessen, Thom y Myers le atribuyen –fundamentalmente a Berezovsky y en menor medida a Gusinsky– un rol decisivo en la elección, creación y difusión del “candidato”, otros como Pons y Sakwa, relativizan su importancia, e incluso este último sostiene que antes de su designación, “el sistema de poder oligárquico se estaba debilitando”, lo que contribuyó a que Putin estuviera en condiciones de recuperar la autoridad central acotando las posibilidades de acción política por parte de quienes se habían enriquecido en la década de 1990. La suerte corrida por quienes eran probablemente las tres personalidades más relevantes de ese grupo, Berezovsky, Gusinsky y Mijail Jodorkovsky, sin duda está presente en su visión del ascenso de Putin.¹⁹

Como se puede apreciar en los análisis de expertos que realizaron sus obras a lo largo de un período de 13 años plagados de acontecimientos significativos, mantiene su vigencia la idea que enunció por primera vez Benedetto Croce, de que “toda historia es historia contemporánea”; las preguntas que le realizamos al pasado tienen sin duda vinculación con los hechos del presente. Por otra parte, en casi todos los autores analizados –la excepción es Pons– prevalece implícita o explícitamente la idea de que existe un “modelo democrático” casi perfecto y en consecuencia cualquier régimen diferente tiende a ser descalificado por su apartamiento de ese supuesto ideal.

El punto en el cual parece haber coincidencia entre estas interpretaciones es el que se refiere al vínculo que tempranamente comenzó a establecerse entre el líder y un amplio sector de la sociedad. La sensación de que se estaba a la vez frente a alguien cercano pero que, si lo acompañaban, estaba dispuesto a contribuir a la recuperación del orden, el orgullo nacional –una guerra conducida con mano dura– y al impulso de la

¹⁹ Berezovsky y Gusinsky tuvieron que exiliarse –el primero finalmente fue encontrado ahorcado–, Jodorkovsky fue encarcelado en 2003 y luego de varias condenas fue liberado en 2013 por un indulto concedido por Putin.





prosperidad. En ese sentido, Masha Gessen realiza una acotación significativa: “daba la impresión de pertenecer al pueblo pero al mismo tiempo de liderarlo” (Gessen, 2012:235), asimismo Sawka comenta que “para bien o para mal, Putin reflejaba la naturaleza y los deseos del pueblo ruso (Sawka, 2005: 47), e incluso Thom afirma que “hubo un flechazo entre los rusos y Putin” (Thom, 2019). Un texto reciente, si bien centrado en el conjunto de la gestión de Putin al frente del gobierno, contribuye a apuntalar la idea de que la irrupción de su figura en el escenario político estableció desde el principio un cambio en la relación del líder con la sociedad (Sharafutdinova, 2020). En pocas palabras, Putin comenzó a impulsar en los rusos, empezando con la drástica forma de encarar la renovada guerra con Chechenia, el retorno de la idea de que vivían en una gran potencia, una situación que los eventos de la década de 1990 habían puesto seriamente en duda y en la que el comportamiento de Occidente también tuvo bastante que ver. Desde luego, este cambio recién despuntaba en el período que estamos considerando, pero tanto sus pronunciamientos públicos como el citado documento “Rusia en el nuevo milenio” lo estaban anunciando.

Como comentario final, es preciso destacar que los diversos ángulos desde los cuales los biógrafos occidentales de Putin analizan el proceso de su ascenso al poder contribuyen a que, a partir de las fuentes disponibles, podamos formular diferentes hipótesis explicativas que responden a la pregunta que disparó la redacción de este texto, las que en su conjunto permiten dar cuenta de la complejidad de los procesos históricos y de la necesidad de múltiples abordajes para poder aproximarnos a una explicación, siempre provisional, de los acontecimientos del pasado.

Bibliografía

Aróstegui, J. (2004). *La Historia Viva. Sobre la Historia del Presente*. Madrid: Alianza.

Aslund, A. (2007). *Russia's Capitalist Revolution. Why Market Reform Succeeded and Democracy Failed*. Washington: Peterson Institute for International Economics.

Chernyaev, A. (2000). *My Six Years with Gorbachev*. University Park (Penn.): The Pennsylvania State University Press.

Dosse, F. (2007). *La Apuesta Biográfica. Escribir una vida*. Valencia. Universitat de Valencia.

Dunlop, J. (1993). *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire*. Princeton: Princeton University Press.

Gessen, M. (2012). *El Hombre sin Rostro. El Sorprendente Ascenso de Vladimir Putin*. Barcelona: Debate.

_____ (2017). *El futuro es historia. Rusia y el regreso del totalitarismo*. Madrid, Turner.

Gevorkyan, N.; Timakova, N.; Kolesnikov, A. (2000). *First Person. An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President. Vladimir Putin*. New York: Public Affairs.

Goldman, M. I. (1996). *Lost Opportunity. What Has Made Economic Reform in Russia so Difficult*. New York / Londres: W.W.Norton & Company.

Gorbachov, M. (1991). *El Golpe de Agosto. La Verdad y lo que Aprendí*. Bogotá: Norma.

Hough, J. F. (1997). *Democratization and Revolution in the USSR 1985-1991*. Washington: Brookings Institution Press.

Maddison, A. (2003). *The World Economy: Historical Statistics*. Paris: OECD.

Myers, S. L. (2017). *El Nuevo Zar. Ascenso y Dominio de Vladimir Putin*. Buenos Aires: Ariel.

Poch-de Feliú, R. (2003). *La gran transición. Rusia, 1985-2002*. Barcelona: Crítica.





Pons, F. (2017). *Vladimir Putin*. Buenos Aires, El Ateneo.

Sakwa, R. (2005). *Putin. El elegido de Rusia*. Madrid: ABC.

_____ (2014). *Putin and the Oligarch. The Khodorkovsky-Yukos Affair*. New York: I. B. Tauris.

Service, R. (2005). *Rusia, experimento con un pueblo*. Madrid: Siglo XXI.

Sharafutdinova, G. (2020). *The Red Mirror. Putin's Leadership and Russia's Insecure Identity*. Oxford: Oxford University Press.

Soldatov, A.; Borogan, I. (2010). *The New Nobility. The Restoration of Russia's Security State and the Enduring Legacy of the KGB*. New York: Public Affairs.

Taibo, C. (2005). *El conflicto de Chechenia*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

Taubman, W. (2018). *Gorbachov. Vida y Época*. Barcelona: Penguin Random House.

Thom, F. (2019). *Cómo Entender la Rusia de Putin*. Madrid: Rialp.

Yeltsin, B. (2000). *Midnight Diaries*. New York: Public Affairs.